

Biblioteca ARLEQUÍN



SANGRE Y CAIRELES

NOVELA POR JOSÉ LINUESA

WORLD PUBLISHERS

19

PRÓXIMAMENTE

LA BELLA NINÓN

(Novela de costumbres parisiens)

— de JOSÉ LINUESA —

con un prólogo del notable literato

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Para pedidos: BIBLIOTECA ARLEQUIN

Unión, 9, 1.º, 2.ª

BARCELONA

TALLERES GRÁFICOS

AMAT Y MARTINEZ

IMPRESOS DE TODAS CLASES

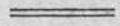
LIBROS RAYADOS

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS PARA ARTISTAS

Barbará, 4 -:- Teléfono 5124 A

BARCELONA

PRÓLOGO



El pedestal con que se sostiene el mundo es la juventud. Apoyemos á los jóvenes que empiezan, sin pensar en lo que pueden ser mañana, y sí fijándonos lo que son en el presente.

*Pero como la vida contemporánea les ha inculcado en la mente otro ambiente de vida que el de nuestros antepasados, he ahí que el joven JOSÉ LINUESA, en su novela **Sangre y Caireles**, nos demuestra que para luchar sólo hace falta muchísima voluntad y saber vencer las muchas dificultades que el mundo moderno les pone a los escritores noveles.*

Sangre y Caireles está escrita con riqueza de imágenes, ardor y entusiasmo, como perfecto conocedor que es de esta fiesta española, tan combatida por los que no la entienden, y que el poeta, cantando glorias a dicho espectáculo, resumió en estas bellas palabras: «Oro, Seda, Sangre y Sol.»

En dicha novela hallará el lector la errante vida que llevan los infortunados torerillos que van a las capeas, y el bárbaro espectáculo de éstas cuando se celebran de la manera que reseña el joven autor.

En fin, para terminar, la rocomiendo a los aficionados a la Fiesta Nacional, pues está escrita con soltura, y en dicha novela, como en sus hermosos libros, hay honda inquietud de acometividad que hace se lean con interés.

FELIPE SERRA

De la Academia de Bellas Artes de LIMA (Perú).

PRÓLOGO

3

El pedestal con que se sostiene el mundo es la juventud. Apóyenos a los jóvenes que empiezan, sin pensar en lo que pueden ser mañana, y así olvidamos lo que son en el presente.

Pero como la vida contemporánea se ha dividido en la noche que acompaña de vida que el de nuestros antepasados, he así que el joven José Martí, en su novela *Sangre y Cabellos*, nos demuestra que para haber sido hace falta una historia reciente y saber vencer las muchas dificultades que el mundo moderno les pone a los escritores noveles.

Sangre y Cabellos está escrita con riqueza de imágenes, color y ritmo, como perfecto conductor que es de esta fiesta española. Sin embargo por los que no la entienden, y que el poeta, cantando glorias a dicho espectáculo, resumió en estas bellas palabras: «Oro, Seda, Sangre y Sol».

En dicha novela también el lector, en cuanto vida que llevan los personajes, notados fortísimos que son a las cosas, y el ambiente espiritual de estas cosas se celebran en la página que resalta el joven autor.

En fin para terminar, la recomendación a los aficionados a la Fiesta Nacional, pues está escrita con soltura, y en dicha novela, como en sus demás obras, hoy habiendo inculcado de actualidad que tiene se lean con interés.

FELIPE SERRA

De la Academia de Bellas Artes de Lima (Perú)

SANGRE Y CAIRELES

DEDICATORIA:

Al distinguido «Grupo Ojen» y en particular a su digno presidente y buen aficionado D. Francisco P. Miró, les dedico estas páginas que, aunque modestas las ofrece de corazón

EL AUTOR

Montado en mi borriquillo regresaba por una larga carretera de Salamanca, cuando hallé a mi paso un cuadro que heló mis venas. Junto a la cuneta de la carretera hallé un muchacho tendido, cubierto con un trapo rojo y manando sangre de una herida que llevaba en el pecho; su cara ya era lívida cuando yo le ví, me apeé de mi cabalgadura y me acerqué al grupo que formaban los compañeros del herido; era éste un muchacho de cara simpática; de su garganta y de su pecho brotaban dos hilillos de sangre moza, valbuceaba algunas frases con marcado acento andaluz; comprendí que su estado era de peligro y le ofrecí un poco de rom que llevaba en una cantimplora; pareció reanimarse y, ayudado por sus compañeros, lo colocamos en mi burro y emprendimos la vuelta hacia Salamanca; por el camino pregunté:

—¿De dónde veniais?

—De una capea, señorito—me repuso un zagal que apenas contaría 13 años.

—¿Y esa cogida (pues supongo será eso), hace mucho que se la hizo?

—Zi zeño, cosa de 3 horas, pero tienen mu mal corazón ciertas personas; repare Vd. lo que nos ha zuceío, y luego dígame zi no hay razón para indignarse.

—Y de lo que el zagal me contó, yo te enteraré lector, pero con todos sus detalles.

De Sevilla partieron una tarde unos aficionados (cuatro o cinco todo lo más), todos ellos de 13 a 18 años, los cuales ya estaban acostumbrados a rodar por las capeas y tentaderos, y hasta alguno de ellos más de una vez se había tirado en ruedos de importancia como lidiador espontáneo.

Entre ellos iba un muchacho llamado Rafaeliyo, que era muy querido por todo los suyos, no sólo debido a su carácter bueno y alegre, sino que todos creían ver en él una lumbrera del arte.

Como dije, de Sevilla partieron, y de vagón en vagón y de sobresalto en sobresalto, llegaron a un pueblo de Salamanca donde había anunciadas unas capeas.

Tardaron en llegar, pero les cabía la satisfacción que con el dinero empleado en el billete la Compañía de Ferrocarriles no mejoraría los vagones, ellos viajaban siempre con billete económico y ventilado.

Casi todos tenían familia, pero ésta jamás se enteraba cuando partían, pues como el equipaje era tan reducido, un capotillo y una muleta (eso el que le daba por la espada).

Rafaeliyo vivía con su anciana madre, la cual era cigarrera de oficio; a la pobre madre le costaba un disgusto perenne la afición de su hijo; por más que le decía, por más sermones que le dirigía, Rafaeliyo no hacía caso; la madre, en vista de que no podía conseguir nada, le dejaba hacer su voluntad. Rafaeliyo notificaba a su madre las partidas para las capeas.

La pobre anciana, cuando se enteraba de las partidas, con lágrimas en los ojos y voz suplicante le rogaba no partiese, pero en vista de que todo era inútil y que no escuchaba sus ruegos, le dejaba hacer su voluntad, pero antes de partir le recomendaba mucha prudencia, le cubría de besos, y mientras él bajo un asiento soñaba con la gloria y con el bienestar de su madre, ésta ante un destartalado crucifijo, le pedía a Dios librar al hijo de sus entrañas de todo mal.

¡Cuánto sufría aquella madre hasta que Rafaeliyo volvía de sus escursiones en pos de gloria! Cuando regresaba se ponía alegre, y mientras él le contaba sus triunfos y sus proezas en ruedos pueblerinos, ella casi lloraba de alegría y hasta alguna vez le preguntaba: «¿Te han aplaudido?» —Mucho, madre,—repetía él con alegría,—y hasta he recogido dinero para pasar unos días sin que usted tenga que cansarse en trabajar, y mientras esto decía iba vaciando sus bolsillos sobre la mesa, en la cual se esparcían las monedas de cobre y plata; la madre recogía el dinero, y cuando la noche tendía su negro manto y en sus brazos Rafaeliyo se dormía, ella, besándole en la frente, se preguntaba: «¿Será algo, Dios mío? ¿Llegará a ser un gran torero?» Y en estos pensamientos quedaban los dos dormidos,

el hijo recostado en su madre sonreía, quizá soñaba con el triunfo; la viejecita también parecía sonreír, y quizá, al igual que el hijo, soñaba con el triunfo de éste.

—Madre, me voy a Salamanca—dijole cierta mañana,—allí me han dicho que hay unas buenas capeas, y en unión de otros muchachos partiremos mañana; vamos a por la gloria, que parece ser alcanzaremos pronto. No valieron las súplicas de la anciana, y como ya dije antes, en un pueblo de Salamanca se presentaron a los pocos días.

En la capea de aquel pueblo se corrían cuatro becerras.

¿No habéis presenciado nunca una capea?

Es un espectáculo que hiere el corazón si ésta se celebra en un pueblo inculto y por añadidura bárbaro. Tan sólo tuve ocasión de presenciar una, y su recuerdo no se me quitará de la cabeza mientras viva: fué un espectáculo que me demostró algo que quizá ignoraba; es una especie de Fiesta Nacional cubierta con el paño de la barbarie.

Figuraos que el ganado que han de torear esos infelices que corren en pos de los laureles del arte, son vacas o toros con más años que cuernos, animales que no acuden al engaño del capote, y que a más, al investir, lo hacen con marcada picardía; por eso tantos infelices perecen por esos ruidos; mas, si por el contrario, no se arriman al toro por miedo, el público empieza a arrojar piedras contra los lidiadores, los cuales no se pueden acercar a las ballas o carros especie de barrera, si no quieren que les abran la cabeza de un estacazo; y verdaderamente, no sé que es peor, si ese público inculto que pega porque sí, o esa fiera que coge y mata porque le acosan; el público no tiene disculpa, la fiera sí; primero que es un animal, y segundo que en legítimo derecho se defiende del que trata de hacerle daño.

La capea se celebró en la plaza del pueblo, en las desembocaduras de las calles situaron carros y maderos.

Los torerillos que habían venido de Sevilla, lucieron su arte en aquel ruedo, pero como la dicha nunca es completa, el último toro que pisó la arena les causó a todos gran impresión; aquello no era toro, era un búfalo; todos le tomaron miedo, y el público, ese público que no comprende la sensación que produce el miedo, empezó a insultar y arrojar piedras contra los pobres lidiadores. Rafaeliyo tuvo un momento de coraje; se dirigió al toro con su muleta desplegada, embistió éste y, cosa de un momento, toro y torero quedaron hechos una masa; Rafaeliyo había sido cogido y arrojado a la arena; se levantó pálido como un muerto, se echó mano al pecho y sintió que sus dedos se mojaban en algo tibio; se miró y vió que sus manos se hallaban empapadas en sangre; sus compañeros le recogieron,

nadie del pueblo se compadeció de aquel pobre torerillo, reían con sarcasmo mofándose de ver su rostro lívido cual el de un cadáver, todos a una le chillaban: «¡Miedoso! ¡Miedoso!» De no haberle contenido sus compañeros y la sangre que manaba de su herida, se hubiera dirigido al toro hasta que éste lo hubiera dejado inerte, sólo para demostrar que Rafaeliyo no era miedoso.

Salieron a la carretera, desde lejos se oían los gritos de todo un pueblo que convertía la típica y brava Fiesta Nacional en el espectáculo más ruin que pueda concebir ningún ser humano. Ahora los del pueblo se entretenían en pinchar con navajas y estoques (y los más con palos) al noble animal que, cubierto de sangre, y con más juicio que todos los que le acosaban no quería ni tan siquiera hacer daño a nadie, por fin la muchedumbre venció al toro y allí en mitad de aquel ruedo pueblerino quedó su cuerpo manando abundante sangre de las heridas, mientras que los mozos a su alrededor contaban éstas con gran algazara.

Mientras, Rafaeliyo, era conducido en brazos de sus compañeros carretera abajo, y allí, en la cuneta, me lo encontré en el estado que ya saben mis lectores.

Anocheecía cuando entramos a la ciudad, las luces brillaban hopacas debido a la densa neblina y un vientecillo húmedo azotaba nuestros semblantes.

El pobre Rafaeliyo lanzaba tristes gemidos, sus labios tornábanse amaratados por momentos, sus ojos parecían querer saltar de sus órbitas el fantasma de la fiebre, clavaba sus uñas sobre tan desgraciado cuerpo, mientras que de su herida brotaba a borbotones cuajarones de sangre moza.

Al hospital llevamos al herido y allí fué colocado en una cama de dolor, le reconocieron, el médico puso mala cara y yo me alarmé, expliqué al doctor lo ocurrido con todos sus detalles y éste me dijo su parecer respecto al herido, salí triste, fuera me esperaban sus compañeros, uno de ellos me preguntó:

—¿Y Rafaeliyo, buen hombre, cómo está? ¿Está grave?

—Sí muchachos, está muy grave—dije.

—¿Morirá?

—Desgraciadamente sí, sus heridas son mortales.

Todos inclinaron la cabeza y por aquellos semblantes corrieron las lágrimas.

Al verles llorar, mi corazón se oprimió y pareció recojerse en el rincón más profundo de mi cuerpo, sentí que las fuerzas me faltaban para resistir el llanto, aquellos infelices que ante la fiera ni temblaron tan siquiera, llora-

ban ante la muerte de aquel compañero, se sentían desfallecer la muerte en tierra extraña, le robaba un compañero de valor inmenso.

La mañana siguiente amaneció gris, triste, muy triste, quizá presintiendo la tormenta de algunas almas.

Muy temprano era que me dirigí hacia el hospital, aunque solo una vez había ido, recordé pronto el camino y a más que el aire me traía en sus entrañas diferentes olores de la mansión donde mora el dolor.

Cuando llegué a la puerta del hospital ya me esperaban sus compañeros, todos me saludaron y juntos penetramos en el aposento de Rafaeliyo; cuando entré el médico me dijo que los últimos instantes se acercaban para el herido, todos recibimos la noticia con aplomo, barruntábamos la tragedia.

Rafaeliyo, en el estertor de la muerte, se despidió de todos sus compañeros y les besó en la frente con un beso tan apasionado que puso en ellos, cachos del alma que por momentos le huía, les recomendó a todos mucha prudencia y les rogó no partieran ya más por las capeas, éstas no dan más que disgustos; a partir de estas frases, Rafaeliyo no pudo ya articular palabra, entró en el período agónico, le besé en la frente cual pudiera haber hecho su madre y al poco quedó inerte, la muerte reboloteaba junto a la cama del que, buscando gloria, murió sin ella; fué un cuadro el que presencié que heló mis venas, quizás mientras Rafaeliyo en mísera cama de hospital moría, su anciana madre en sueños le creyera ver en brazos de una muchedumbre que le aplaudía a rabiarse por sus faenas.

Desdichado del que lucha por la gloria y no ve nunca recompensados sus esfuerzos, pero es más desgraciado todavía el que luchando fenece en la contienda.

Que Dios acoja en su seno el alma de tan desgraciado torerillo, así como en mi memoria jamás se borrará el recuerdo de aquel herido que me hallé en la carretera de Salamanca.

¿QUIEN ES?

¿Conocéis al duque de X...? No. Es un tipo original, todo Madrid le venera y admira desde las altas sociedades donde se reúnen los Caballeros de la Orden y Grandes de España, hasta los centros donde se reúnen la gente bulanguera, coletudos, cómicos y literatos.

Su persona como el protagonista inmortal de Zorrilla, a corrido toda la escala social...

Si le queréis conocer, no tenéis más que pasaros por la plaza Santa Ana, y allí cuando el astro rey descende, lo encontraréis sentado en el velador de cualquier Bar (pues eso de café no hace *chic*, es palabra que pasó a la historia) allí lo hallaréis rodeado de un sin fin de amigos, la mayor parte cómicos, periodistas y toreros; la más grande alegría del duque, es hallarse entre sus «íntimos» como él les llama.

Su historia, aunque es corta, es algo notable; muy joven todavía quedóse huérfano de padre y madre y con una cuantiosa fortuna; no halló otra diversión más *chic* que emplear su dinero en caballos y carreras, poseía las mejores razas, y por los caballos que otros aristócratas se disputan dió sumas elevadas; hubo tiempo en que sus caballerizas no tuvieron por qué envidiar a las cuadras reales.

Pero como la dicha no es eterna y el dinero mucho menos, una enfermedad en las cuadras, empezó a ocasionarle sensibles y valiosas bajas, y por consejo de varios amigos vendió sus mejores ejemplares, no recibiendo por ellos ni la mitad de la cantidad por él desembolsada; el duque no se preocupaba y ya al borde de la ruina jugó en el Casino sus pocos recursos; para abreviar solo os diré que en la época que os presento al duque éste poseía por todo capital una finca en la calle de la Princesa, una pequeña paga debida a cargos desempeñados por su padre en el gabinete del Estado, ya más un abono de toros de la plaza de Madrid, los toros eran ahora su fiesta favorita, quizá disfrutara viendo como los toros despanzurraban los jamelgos, visión culpable de su ruina, esta es la historia del duque al que más de una vez han citado periodistas ilustres, bajo otro nombre.

Su figura no presenta ningún atractivo, y por no molestaros caro lector,

sólo os diré, que si el gran Miguel de Cervantes viviera, veneraría de seguro al duque, fiel retrato del ingenioso hidalgo.

Cuando lo presentamos es sábado, víspera de la corrida en que Joselito y Belmonte se las tenían que entender con 6 cornúpetos de Veragua, nuestro quijotesco personaje, hallábase discutiendo con sus «íntimos» la valentía de esos dos colosos. «Es mucho Joselito, es un maestro; pues ¿y Belmonte, dónde me deja usted esa tontería?» Así se pasaba todos los días.

Por fin, el domingo, después de tomar su rico «moka» y encender una breva, tomaba un simón y del brazo de una cupletera «íntima nocturna suya», se disponía a ir a los toros, se sentaban a una barrera y allí todos los toreros charlaban con él, hasta el emocionante Belmonte y el sabio Joselito, y el duque se quedaba tan satisfecho que en vez de Quijote parecía Sancho Panza.

Después de los toros volvía al café a discutir los incidentes de la corrida y allí mostraba sus aficiones taurinas como verdadero aficionado; cenaba por fin en cualquier lugar, el caso es que cenaba; visitaba también su dulcinea, estrella del «cuplet», y se acostaba, no sé si solo, el caso es que se acostaba, y esa es lector, la vida del duque de... persona que todo Madrid conoce y admira. ¿Quién es?... ¿Queréis conocerle?...

Pasaros por la plaza Santa Ana y preguntar por el duque de... decir su nombre no puedo, lector, pero si eres madrileño o conoces Madrid en esta época, me figuro sonreirás malicioso, sabes su nombre, pero al igual que yo, te suplico lo calles...



LOS SALTIMBANQUIS

¿Habéis presenciado en vuestra vida estos carromatos que por anchas cateras van de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad?

Los conocen todos, son los saltimbanquis, aquellos que en nuestra infancia nos hicieron pasar las horas agradables. ¿No os acordáis de Bobby, del ingenioso Bobby, que con su perro leal hacía la mar de piruetas?

Durante nuestra niñez nos hizo reír, más tarde, cuando los 15 años empezaban a sonreírnos, mirábamos a Bobby con indiferencia, no comprendiendo como aquello podía causar gracia, ahora nuestros ojos se posaban en la bella Colombina, que pasando la maroma nos mostraba sus habilidades bailando unas danzas que nuestras mentes quedaron por largo tiempo perpétuas. ¿No recordáis esto?

Pues bien, yo os mostraré en breve espacio una historia de esos infelices, de esos enjambres humanos que arrastrados por el lodo misero de la humanidad, andan por el mundo sin patria, sin amor, con la sola misión de divertir a pueblos incultos que la mayor parte los despedía a pedradas por no haber hallado en el espectáculo aliciente alguno, cuando esto ocurría desmontábase el círculo en un momento y se iban otra vez los artistas fracasados a la carretera, recibiendo de pleno el sol o la lluvia como pago del trabajo que aquel pueblo no supo apreciar.

¿Y todavía hay quién envidian su suerte? creen muchos que porque los colores de sus trajes son alegres y porque ante un público ríen y gozan, sus vidas son igual, infeliz del mortal que tal cosa cree y envidia su suerte, yo os demostraré en breves palabras con un caso histórico cuanto sufren esas pobres criaturas que sin patria y sin mundo nos entretuvieron en la niñez Bobby y su perro, y nos hizo concebir bellas esperanzas las miradas de Colombina, miradas que en aquel tiempo nos parecían de amor, pero, que verdaderamente eran de envidia al pensar que tendríamos madre y Colombina no tenía ni hogar, ni madre, vivía sola, sin amparo; su hogar eran cuatro tablas con lonas por donde el aire y la lluvia pasaban a su antojo, su madre eran los públicos que acogían con cariño su trabajo.

II

Era el mes de Julio, el sol caía de plano por toda la parte de Galicia y una caravana de saltimbanquis cruza a paso lento las carreteras que circundan las sierras de Meira y la Carba, y cuyo lado el Miño se balancea serpenteando sus aguas cristalinas, bajo los pastos que tanto abundan en su orilla, se ven un sin fin de ganados que indiferentes a todo comen la yerba que el Miño con sus aguas riega, en algún que otro puesto se ven los pescadores de ría que tanto abundan por Galicia.

Seguía la caravana su rumbo a paso lento, hundiendo las ruedas en el polvo de la carretera, al baiven de los hoyos los carros se balanceaban de aquí para allá y el crujir de las maderas y el chirrar de las ruedas parecían lamentos que lanzaban cansados de tantas jornadas.

Los pobres animales que arrastraban tan ruines viviendas, cubiertos de sudor y polvo, eran desaparejados y allí en el Miño, apagaban su sed con su limpia y cristalina agua, y su hambre con la fresca yerba que la madre naturaleza les ofrecía en ancho establo.

III

A las ocho de la mañana entraban triunfalmente los saltimbanquis en un pueblo de Galicia, cuyo nombre me reservo por no recordar a sus habitantes fechas pasadas y para que no se diga que trato de sacar a relucir aquella mala acción de sus habitantes.

El redoblar de un tambor y los toques de corneta llamaron la atención a los pacíficos vecinos, los cuales se lanzaron a la calle sorprendidos por aquella novedad.

Boby, encima de un borriquillo moruno tocaba un descomunal tambor, el Hércules con su cornetín arrancaba estridentes y destemplados sonidos, bajo su mallón color de rosa y su faldellín morado de flecos que en sus tiempos fueron plateados, mostraba el atleta sus descomunales músculos.

Colombina con su traje de gasa blanca y su hermosa caballera tendida encima del caballo (Tonín) hacía equilibrios, y bálgame Dios que no había trampa, pues el rocicante era ya tan viejo que Colombina tenía que vencer los muchos tropiezos del animal, pues éste ya ni veía y sus delgadas patas no podían sostener su mismo cuerpo o armazón de huesos.

Toda esta grotesca corabana cruzó el pueblo y después del correspondiente permiso se instaló el circo en la plaza principal; había que aprovechar los tres días de fiesta que había en el lugar.

Montóse el circo a la mayor brevedad rodeados de un sin fin de curiosos, los unos miraban a Colombina con ojos de lujuria, los pequeños reían de «Boby» y los ancianos y mujeres admiraban al Hércules, los primeros recordando los músculos de su juventud, las mujeres admirando la guapeza y su vigor, pues «Kety», que así se llamaba el forzado, era sumamente guapo.

Cuando el circo estuvo montado, puso «Boby» en la puerta que daba acceso al recinto dos carteles, el uno era Colombina pasando la maroma con su hermoso traje y ayudada por «Kety»; el otro representaba a «Boby» que con su perro «Leal» encima de una silla le enseñaba a leer; los dos carteles causaron la admiración, y Papa Martín, viejo clown y actual dueño del circo se mostraba satisfecho y se frotaba las manos al pensar el negocio que le esperaba. Papa Martín, dueño de aquella *troupe*, era muy querido por todos los suyos, pues era más que un director un padre.

La Compañía no era muy numerosa que digamos, pero con sus números habían corrido toda la España y parte de Europa; llevaban dos carromatos, el uno para los enseres y el otro era la vivienda. El viejo rocinante «Tonín» tiraba de la vivienda ayudado por el borriquillo moruno; el otro carromato lo llevaba «Titi». Estos animales a más de ésto trabajaban en el circo dirigidos por Papa Martín, no era su misión tan sólo la de tirar de aquellos artefactos sino que amaestrados por el viejo clown «Tonín», «Titi» y el pequeño moruno, formaban una atracción digna de formar parte en cualquier circo de «Primo Cortello.»

Aquel día hubo dos secciones: una por la tarde y otra por la noche; al final de la sección de la noche, reunió Papa Martín a su Compañía y les dijo estas palabras: «amigos míos, ya habéis visto el escaso público que a nuestro espectáculo ha acudido; dicen que ya están cansados de que Colombina pase la maroma, de que «Kety» levante descomunales pesos, de que «Boby» haga saltar a «Leal», y por fin, de que yo haga hacer piruetas a los caballos; están cansados de todo y por eso hemos recogido una misera cantidad, mirad todo eso», y mientras esto decía mostraba su sombrerillo de clown, donde se veía un puñado de monedas de cobre; todos miraron el fondo del sombrero y, uno por uno, quedaron pensativos.

La noche era espléndida, la luna besaba las frentes de aquellos artistas que siendo diferentes cuerpos pensaban todos en lo mismo, en aquel instante las palabras «Miseria» y «Pobreza», corrían mudas de labio en labio, de corazón en corazón.

Después de un largo silencio, dijo Papa Martín: Hijos míos, es preciso discurrir algo nuevo, algo original que llame la atención a esas gentes y les atraiga hacia nuestro circo, es preciso pensar algo original si no queremos que la miseria destruya el caserón donde tanto tiempo el pan hemos comido. De un tiempo a esta parte ya veis que acude poca gente a nuestro espectáculo, eso es debido a que todo lo que hacemos es ya viejo, y lo viejo se ha de arrinconar, lo viejo estorba en todos los sitios, y diciendo esto quedó pensativo, por su arrugado semblante, debido a la nieve de su cabeza y a un sufrir de setenta años, cayeron dos lágrimas, la luna pareció oscilar, y en los lejanos cortijos los perros hullaron con lugubre y lastimero llanto.

Todos callaron, a ninguno se le ocurría nada original, por fin «Kety», el atleta rompió el silencio para decir.

Papa Martín, ¿qué le parece si presentáramos una atracción de Oriente? Eso sería un éxito, repuso el vejete.

Pero esa atracción, ¿dónde está objetó «Boby»?

Muy fácil, escuchad—dijo «Kety»—y todos se pusieron atentos por ver en lo original un cabo de salvación, «Kety» empezó así, lo primero que hay que hacer es unos carteles con objetos de Oriente, cosas que llamen la atención por lo raras, luego yo me pinto el cuerpo y mi cara con hollín y ceniza mojada, me vestiré con andrajos y procuraré representar lo mejor posible mi papel de negro, luego Colombina se pintará como yo y mientras ella pasa la maroma y danza, yo bailaré haciendo contorsiones con todo mi cuerpo, que os parece.

Muy bien, contestaron a un tiempo «Boby» y Colombina, Papa Martín estaba pensativo, ¿en qué pensáis díjole Colombina?

En ti—repuso éste,—siento que tu bello semblante sufra las consecuencias de estas pinturas.

Nada de eso, no hay que temer; sois muy bueno, y diciendo esto abrazó al anciano cubriéndole la cara de besos, al posarse los labios en las arrugadas carnes del anciano y sentir éste su fino roce lloraba y reía todo a un tiempo, ¡eran tan pocos los besos que sentía...!

Tarde ya era cuando se acostaron, un vientecillo ligero soplabá por el pueblo llevando en sus entrañas perfume a yerba buena, los gallos ya cantaban su eterna cantinela a la aurora, la luna paladecía por momentos, parecía tener los ojos fijos sobre el circo como despidiéndose de ellos, quizá rogara al astro rey para que los amparara y conservara la alegría de la esperanza, de hallar un nuevo horizonte de felicidad, un nuevo día amanecía, el sol empieza a mostrar su disco de fuego anunciando un nuevo día, quizá fuera aquél jornada de tristeza para los pobres saltimbanquis.

IV

Las once serían que cogió «Boby» un lienzo y se dispuso a reflejar en aquel trozo de tela el país de los negros, empezó por dibujar varios negros bailando el «Cumbu», danza que usan ellos para festejar las grandes solemnidades, puso Peruanos, Brasileños y Gauchos, y muchos más hasta dar una idea de aquel lejano país.

Cogió otro lienzo y encima donde se hallaba Colombina pasando la maroma pegó un papel y se puso a pintar, lo primero que hizo fué un descomunal «Kolulo»-basija de barro de que se servían los Pontífices Romanos para los grandes sacrificios, a su alrededor fué dibujando multicolores alfombras, kimonos de ricos colores, tambores de barro con figuras exóticas, elefantes de plata con colmillos de oro, negros con las caras de porcelana, Bhudas panzudos y descomunales, joyas y un sin fin de objetos del otro lado de los mares.

Cuando hubo acabado de pintarlos, los colocó a cada lado de la puerta que daba entrada al circo, pronto acudieron un gran número de curiosos a la vista de los carteles y acto seguido se dirigían a la taquilla en busca de entradas.

Papa Martín, ordenó a «Boby» que con su tambor recorriera todo el pueblo, dando la noticia de tan magna atracción.

Así lo hizo, montó en su borriquillo y con sus pláticas y sermones consiguió llamar la atención a muchos vecinos, las doce serían que ya sabía todo el pueblo la llegada de unos artistas negros, la mayor parte se extrañaban de no haberlos visto llegar en la diligencia, pues de haber venido con los Saltimbanquis ¿cómo es que no se exhibieron antes?

Peró, aunque esto les llamaba la atención, no por eso dejaban de acudir a la taquilla.

Pronto quedaron todas las localidades vendidas, al dar la noticia Papa Martín a los suyos, la alegría fué inmensa, todos bendecían a «Kety» por tan feliz ocurrencia.

El espectáculo dió principio habiendo en el circo un lleno completo, fuera agolpábase numeroso público que quería entrar a viva fuerza.

«Boby» como siempre llevó acabo su divertido trabajo, que unos acogían con risas y otros no, luego Papa Martín, presentó sus caballos amaestrados, cuando «Boby» salió anunciar la nueva atracción un silencio sepulcral se hizo en las masas, las ocho daban en la campana de la ermita, y a

la luz del carburo se presentó la atracción, algunos quedaron sorprendidos creyendo reconocer en la musculatura del negro, al hércules de «Kety» y en la negra a la hermosa Colombina, ésta danzaba lánguida y malsana, con movimientos voluptuosos hacia templar, bajo las gasas sus carnes sonrosadas cubiertas de negra pintura, quería esforzarse para reír y algunas veces la sonrisa irónica tornábase en una mueca, que en aquel bello semblante dejaba impresa la huella del dolor, Colombina temblaba, veía como unos ojos felinos la miraban y por un momento sintió miedo, el público cuchicheaba en voz baja y unos con otros se miraban maliciosos, «Kety» también lo notó, pero con gran sangre fría y valor siguió haciendo contorsiones, por fin, uno del público arrojó una piedra con tan bárbaro tino que fué a dar en el pecho de la pobre Colombina, ésta al recibir el golpe cayó de la maroma a la par que gritaba socorro... socorro... «Kety», el público entonces se lanzó a la pista, otros empezaron a arrojar los bancos y a destrozar el toldo, cayeron los brazos de luz y en menos que se cuenta cayó el circo echo añicos con infernal estrépito.

Entre aquel montón de astillas y hierro, salieron los eternos faranduleros, «Kety» iba herido, el pueblo en masa les siguió hasta la entrada de la carretera, a su paso los mayores les dirigían un sin fin de improperios y maldiciones, los chicos siguiendo el ejemplo de los mayores, los insultaban lanzando al propio tiempo una lluvia de piedras sobre los carromatos—lo único que había quedado de aquella triste jornada—los cristales de las ventanas de los carromatos saltaron hechos añicos y «Kety» con una herida profunda en la cabeza, no hacía más que manar abundante sangre.

A las orillas del Miño, aquella noche de blanca luna, se pararon los Saltimbanquis derrotados y maltrechos, con gran cuidado bajaron al herido hasta la orilla del río para empapar su frente de aquel líquido que la naturaleza les brindaba por todo remedio, la luna reflejaba sus rayos de plata en aquella cristalina agua que serpenteándose al compás de la brisa de la noche, contemplaba un cuadro de dolor, Papa Martín lloraba por «Kety» y por su destrozado circo, «Kety» en brazos de Colombina y «Boby» entregaba su alma a Dios, sus ojos se hallaban entornados y su cuerpo rígido para siempre, y allí en lo lejano un reflejo de llamas anunciaba aquellos desgraciados, quel circo donde tanto sufrieron, la casona donde tanto tiempo les acobijó, era ya tan solo un montón de cenizas, densos nubarrones cruzaban el espacio, la luna se oculta no queriendo presenciarse por más tiempo tan triste cuadro y una lluvia menuda empezó a bañar la tierra, eran lágrimas del cielo que acompañaban a las lágrimas de aquellos desgraciados Saltimbanquis.

EPILOGO

Cuando la campana de aquel pueblo fatidico tocaba «Angelus», daban los faranduleros sepultura al cuerpo del querido compañero.

En las orillas del Miño fué enterrado «Kety», el murmullo de las aguas serían el eterno rezo con que la madre naturaleza pagaria el último tributo a uno de sus desgraciados hijos.

Colombina lloraba, por sus hermosas pupilas resbalaban cual rocío del desierto abundantes lágrimas, de cañas y abrojos; hizo una cruz, la cual colocó sobre la tierra que cual manto cubría aquel sér tan querido.

«Boby» lloraba a pesar de ser hombre, lloraba, no fingía. Papa Martín, parecía haber envejecido en un momento, sus ojos de tanto llorar en este mundo, hallábanse sin una lágrima, el llanto del vejete era de corazón, lágrimas de sangre.

Ya el sol asomaba su risueña faz, cuando los Saltimbanquis abandonaron aquel lugar, por la carretera que circunda las montañas de Meira y la Carva, regresan tristes los carromatos, los animales con la cabeza baja parecen comprender el dolor que les rodea—(también los animales sienten).

Ni una palabra dijeron los Saltimbanquis durante todo el día, los animales andaban por dónde querían y al paso que se les antojaba, ya anochece, y al preguntarle «Boby» a Papa Martín donde se dirigían, repuso éste: «a la miseria, «Boby», a la miseria», y hundió su barba en el pecho; por su arrugado semblante cayeron dos lágrimas, quizá fueran las últimas que aquel ser guardaba en lo profundo de su corazón, aquellas lágrimas eran por «Kety» que yacía en profundo hoyo de donde no se sale jamás, teniendo por oraciones los murmullos del Miño, por flores cardos y espinas que hasta en la muerte no dejan de perseguir a los pobres Saltimbanquis...

FUERA DEL MUNDO...

Van 1,000 pesetas al caballo blanco,—gritó Pepe con gran alegría—nada más dijo el Croupier, al propio tiempo que los caballitos giraban en vertiginosa carrera arrastrando tras sí un sin fin de fortunas y la paz y el sosiego de muchos tranquilos hogares.

Pararon los caballos, pero no en el blanco como hubiera deseado el distinguido jugador Pepe Tarino; en sus labios se dibujó una mueca de desagrado a la par que decía: «2,000 pesetas al negro a ver si así gano». Empezaron de nuevo la marcha los caballitos llevando si cabe más dinero que antes; pero como la fortuna es loca, no quiso ésta que Pepe ganara, y cuando el sol empezaba a asomar su alegre faz, salió Pepe del brazo de Sarita, su eterna compañera de juergas y placeres. Pepe llevaba en su cerebro un enorme peso: el sueño y la mala noche; y en su cartera un eterno vacío; había perdido 25,000 pesetas, insignificante cantidad si vamos a comparar con las pérdidas otras noches. Sarita comprendió que su compañero se hallaba triste y no pudo menos que exclamar: ¿Qué te pasa Pepe?

—Nada, nada—repuso éste aparentando estar sereno.—Pues mira, cualquiera diría que te has puesto malo por haber perdido total esa mísera cantidad.

—Tienes razón no vale la pena preocuparse, dejemos correr el dinero, que por eso redondo lo hizo el hombre.

Ya se dirigían los obreros con su atillo del almuerzo al trabajo, cuando bajaron del coche Pepe y Sarita en una suntuosa casa de la calle de Alcalá, en la villa del oso y del madroño, al bajar del coche algunos obreros miráronle con envidia y él a la par se los quedó contemplando; también enviaba su suerte; verdad que ellos iban hacia el trabajo mientras él iba a dormir, pero también mientras ellos dormían él se entregaba a los placeres entregando a la par su hacienda y su vida en brazos del vicio que cual mónstruo de tentáculos sin fin, enrosca bajo sus garras millones de cuerpos y un sin fin de vidas.

Óyeme, Sarita,—decíale una hermosa mañana Pepe a su amada—¿Qué te parece si yo un día te anunciara que mi fortuna había dado fin, qué harías? Me dejarías, no es cierto?

Sarita, con un moín de enfado dijo:—¿Pero a qué vienen esas tonterías y a qué esas preguntas?

—No son tonterías, Sarita, no; es la verdad, quiero saber francamente cuál sería tu actitud ante mi bancarrota. ¿No contestas?—dijo Pepe viendo que permanecía callada.—Ah, vamos, sí, comprendo; no quieres darme la respuesta que se merece todo hombre que sin mirar por el mañana derrocha su fortuna entregando el dinero a manos llenas a las mujeres, a esas mujeres que, cual el león enjaulado, le echan su carne para deborarla con afán; así hacéis vosotras. Pobre del incauto que en vuestros brazos cae; como el león debora su carne vosotras deboráis las fortunas en compañía de falsos satélites que, cual amigos, nos hacen caer en la tentación de la ruina. Ellos son el guía que nos conduce hacia vosotras y luego todas a una nos colocáis la falsa venda del amor en los ojos, mientras nos cubrís de caricias, nos lleváis de la mano por el sendero del abismo para sepultar nuestros vidas y nuestras fortunas; pero tenlo entendido, Sarita, el guiado siempre cae, no falla, pero también hay veces que perecen guiador y guiado.

Cuando acabó este relato o plática, como queráis llamarle, Sarita sentía por su cuerpo un helor de muerte, veía que algo de entre sus manos se le escapaba, la felicidad de un tranquilo hogar que, aun que al aire montado, era suyo, puesto que el dueño era para ella su juguete, con el que se juega a capricho con solo saberlo manejar.

Pepe, por el contrario, sudaba un sudor frío, un sudor de angustia; se vistió, tomó su sombrero y se marchó por la calle solo. Pensaba: «Sí, es preciso empezar una nueva vida, quiero conocer qué es lo que hay más que el vivir sin continua juerga.

Llegada la noche, comunicó a Sarita que quería emprender una nueva vida; ella tomó la cosa en broma, pero bien pronto recordó las palabras de la mañana y ya no repuso nada. Cenaron en silencio, como si nada, y por fin se acostaron.

Muy temprano era que se levantó Pepe, se vistió con unos trajes viejos y destartalados que apartados había para el trapero, recogió un dinero de su «secreter», los puso en su cartera y después de escribir dos letras, se alejó; bajó a la calle y esperó que pasaran un grupo de obreros, se acercó a ellos y les dijo:

—Oír compañeros: ¿hay trabajo para mí? Uno de ellos repuso:

—¿Tú quién eres?

—Pues yo un obrero que se ha quedado sin trabajo.

—Pues mira vamos los justos, pero si te quies venir pue quel amo te admita.

—Pues sí, con vosotros voy. Y alegre y satisfecho empezó a andar con aquellos hombres, le pareció que el aire de la mañana era más sano, que traía impregnado olor a salud y a feliz vida; él jamás respiró aquel aire, pues si alguna vez lo aspiró fué viciado de la salida de algún «cabaret» a la madrugada cuando su cerebro, loco de alcohol u ebrio de placer, no se daba cuenta de lo que por su alrededor pasaba.

Aquellos obreros eran albañiles del cementerio, eran los encargados de tributar a los cuerpos el último trabajo; son los que aislan a los seres queridos para siempre del murmullo del mundo.

Al enterarse Pepe del oficio de aquellos hombres estuvo a punto de retroceder en su empresa, pero él mismo se dijo: no, adelante, hay que luchar, adelante.

Pepe, para abreviar, sólo os diré que fué admitido y que aquel día compartió con sus compañeros las delicias de un almorzar obrero que sin lujo ni presentación-le pareció a Pepe el almuerzo de aquella taberna situada cerca del cementerio mejor que un cubierto del hotel «Ritz».

Cuando Sarita se levantó vió que el lecho estaba vacío, buscó en vano, Pepe no estaba; cansada ya de buscar halló la carta que Pepe escribiera momentos antes de salir de aquella casa, leyó, decía así: «Sarita, parto lejos, no sé donde, yo mismo me lo pregunto y no lo sé, tan sólo puedo decirte que marchó hacia otra nueva vida donde hay placeres que entretienen el alma y no dañan el cuerpo, puedes quedarte con todo, mi finca es tuya, así como todos los muebles y el dinero que hallarás depositado en el Banco a tu nombre, no quiero nada. Adiós, quizá algún día te escriba para decirte lo feliz que soy en mi nueva vida, piensa que mientras tú descansas en rico lecho por mí comprado, yo estaré trabajando cual si se tratara de un nuevo «sport» adiós; no sé si para siempre.—Pepe.»

Cuando Sarita hubo acabado de leer aquella carta se dejó caer en su cama y prorrumpió en amargo llanto, aquellas lágrimas eran verdaderas, Sarita quería a Pepe aunque jamás se lo dijera; no sé que célebre autor contemporáneo dijo: «No te fies del querer de la mujer coqueta ni de sus lágrimas; como el cocodrilo llora de hartó, llora la mujer cuando se le es capa la presa»; pero yo digo que cuando el dolor despierta en el corazón alegrechemos de compadecerle, pues en el mundo es el más desgraciado.

Pepe vivía feliz en su nueva vida y por todos sus compañeros era muy querido, no sólo por su carácter, sino porque muy a menudo convidaba aque-

llos hombres, que feliz se sentía Pepe viendo como con dos cuartos que se gastaba quedaban aquellos hombres satisfechos y le agradecían aquello en el alma, cuán diferente es el mundo de la opulencia al mundo del proletario.

Aquella mañana, después de almorzar, escribió una carta a Sarita; hacía tres meses que no se comunicaba con el mundo de los vivos; permanecía en el de los muertos.

Sarita seguía viviendo en la finca de la calle de Alcalá, no quería salir de aquel nido donde tantos recuerdos le guardaba; parecía haber abandonado la vida bohemia por completo, permanecía días enteros sin salir de casa, nada le divertía, con la huida de Pepe le parecía que había volado el hada de la felicidad, fué una determinación que ella no esperaba, por eso fué el golpe más rudo; le pareció que su vida, movida por un impulso oculto, le dirigía hacia otro sendero, hacia un camino de paz; sentía como un peso de culpa por la vida llevada durante tantos años por el sendero del mal.

Las once serían cuando entró la doncella con una carta; Sarita se hallaba leyendo un libro de Richard Marsh, cogió la carta y la examinó, sus ojos parecieron brillar intensamente, era de Pepe, era su letra, no cabía duda; rasgó el sobre con marcada impaciencia y leyó; decía así:

«Sarita: ante todo me alegraré te halles buena de salud, no te digo de alma porque eso no puede ser; ésta tan solo sirve para decirte dos palabras que quiero permanezcan en tu memoria por largo espacio. Soy feliz, más que feliz dichoso, si vieras cuán poco me acuerdo del mundo que abandoné, no echo de menos su bullicio, porque aquí, te repito, soy feliz; cuán poco pueden decirlo los de ese mundo, lo sé por mí; yo, con dinero y con todos los placeres posibles fuí infeliz, más serán los que sin dinero luchan por la vida; cuando leas esta carta quizás sonrías como diciendo: ¿Hay algo más verdad que la vida? ¿Hay algo más cierto que la libertad? Sí, Sarita, hay algo en el mundo más cierto que todo eso: la MUERTE; esa es la única verdad de este mundo. Mira, hoy mismo cuando almorzaba, me he fijado en el panteón de MARGARA TELLEZ; ¿te acuerdas tú de Margara Tellez, aquella que llamaba la atención por sus alhajas, por su lujo, la que causaba la envidia del mundo entero y que fué deseada por todos? Pues, bien; hoy esa mujer ya no es nada, es polvo que los gusanos se han encargado de desbastar antes que a otras por su vida llevada; ya ves lo que es el mundo, tanto lujo en vida y ahora permanece al igual que la ramera que ofreció el placer a bajo precio.

No quiero cansarte, Sarita; tan solo te pido un favor en pago de los muchos por mí recibidos; es el siguiente: yo te suplico vengas tan sólo un día a esta mansión de los muertos, que vengas cual si se tratara de una gira campestre; yo te lo suplico, si es preciso te lo ordeno; ven, y luego que

hayas visto la única verdad de este mundo, parte tú hacia tu destino, yo hacia el mío.

No dejes de venir, es el último favor que te pide quien mucho te quiso,

PEPE.

Cuando acabó de leer la carta sus manos temblaban bajo la opresión de aquel papel; pensó lo que pensó y se vistió como pudo, subió al «auto» que ya le esperaba, dió las señas, y el hermoso «auto» partió.

Cuando las doce daban en el reloj del cementerio, un «auto» llegó, apeándose una elegante señora, la cual preguntó a un portero por Pepe Tarino y el portero le indicó el camino que tenía que tomar para llegar al sitio donde se hallaba, pues estaban concluyendo un nicho; Sarita recorrió el camino que le indicara el portero, con cierto recelo; este camino se hallaba lleno de tumbas que a Sarita causábanle espanto; pronto divisó a Pepe; cuando le vió no pudo por menos de arrojarse en sus brazos con amargo llanto, todos los albañiles quedaron parados no comprendiendo cómo una mujer tan elegante y por añadidura hermosa, abrazaba a un albañil con el rostro tan sucio a causa del trabajo.

Pepe, cogido del brazo de Sarita, se alejaron de la vista de aquellos hombres, los cuales seguían como el que ve visiones; uno de ellos, el más atrevido, osó hacer alguna observación impropia de aquel lugar y por demás deshonestas, que no fué aceptada por sus compañeros.

Sarita, después de la primera impresión, pareció serenarse y dijo:

—¿Es cierto que vives feliz en este mundo de eterna paz?

—Sí, Sarita—repuso Pepe—vivo feliz porque aquí todo es verdad; mira, allí cuando moría uno, veía que se marchaba de mi mundo, veía que era uno que me dejaba; aquí es al contrario, aquí ninguno se va, aquí todos vienen a hacerme compañía, y créeme, Sarita, ese es el único camino por donde todos a la fuerza hemos de pasar.

Esta conversación la sostenían yendo los dos muy juntos, sintiendo cada cual su aliento en el rostro. —Tienes miedo de los muertos?—díjole Pepe a ella; pero ésta repuso: «No, a tu lado no les tengo miedo». —Pues bien,—díjole Pepe viendo que la conversación se prolongaba más de lo que él pensara—es preciso partir, Sarita, tu mundo no es este.

Sarita, con lágrimas en los ojos, le suplicó no le dejase; le juró que le quería con toda su alma, que con él viviría entre los muertos; pero que sola, entre los vivos, jamás, Pepe se resistía, pero viendo que ella, herida en lo profundo de su alma, le decía que si no se quedaba viva, muerta le tendrían que llevar, no vaciló; mas abrió sus brazos y delante del suntuoso panteón de la que en vida fué MARGARA TELLEZ, estrechó contra su pecho el enamorado corazón de Sarita que, al pisar el mundo de los que en silencio lloran por los vivos, abrió en su vida el sendero del amor que le recompensaría de la vida llevada durante la estancia en el mundo de la farsa.

Cuando acabó de leer la carta sus manos temblaban bajo la opresión de aquel papel; pensó lo que pensó y se vistió como pudo, subió al «auto» que va la esperaba, dió las señas y el herrero «auto» partió.

Quando las doce daban en el reloj del cementerio, un «auto» llegó, apedrase una elegante señora, la cual preguntó a un portero por Pepe Latino y el portero le indicó el camino que tenía que tomar para llegar al sitio donde se hallaba, pues estaban convenciendo un actor; Sarita recorrió el camino que le indicaba el portero, con dicho receptor, este camino se halla ya lleno de tumbas que a Sarita causaban espanto; pronto divisó a Pepe cuando le vio no pudo por menos de arrojarse en sus brazos con amargo llanto, todos los albaniles quedaron parados no comprendiendo como una mujer tan elegante y por añadidura, arrojada a un albanil con el rostro tan sucio a causa del trabajo.

Pepe, cogido del brazo de Sarita se alejaron de la vista de aquellas tumbas, los cuales seguían como el que ve visiones uno de ellos, el más atrevido, osó hacer alguna observación impudica de aquel lugar y por ser más deshonesta, que no fue aceptada por sus compañeros.

Sarita, después de la primera impresión, nació serena y dijo:

—Es cierto que vives feliz en este mundo de eterna paz?

—Sí, Sarita—repuso Pepe—vivo feliz porque aquí todo es verdad; mira allí cuando moría uno, veía que se marchaba de mi mundo, veía que era uno que me dejaba; aquí es al contrario, aquí ninguno se va, aquí todos vienen a hacerme compañía y créeme Sarita, ese es el único camino por donde todos a la fuerza hemos de pasar.

Esta conversación la sostenían viendo los dos muy juntos, sintiendo cada cual su aliento en el rostro.—Tienes miedo de los muertos?—dijo Pepe a ella; pero está repuso: No, a tu lado no los tengo miedo.—Pues bien—dijo Pepe viendo que la conversación se prolongaba más de lo que él pensara—es preciso partir, Sarita, tu mundo no es este.

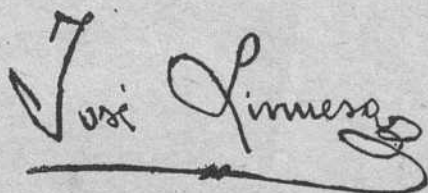
EPÍLOGO

A los pocos días, la casa de la calle de Alcalá que ocupó Sarita era vendida, así como sus muebles y objetos; la feliz pareja se instaló en un precioso chalet junto a los muros del recinto que en su silencio les unió.

Desde aquel día viven felices oyendo el continuo toque de la campana de la iglesia del cementerio, que les anuncia que son almas que huyen del mundo y un cuerpo que viene a hacerles compañía.

Sarita no teme ya a los muertos, reza por ellos y bendice a todos juntos; pues ellos, en el lúgubre silencio, pudieron más que todo lo terrenal, porque fueron los que decretaron su nueva vida y el bienestar de su alma pecadora.

Feliz del que en vida comprende su mal, como feliz es el que sabe sustraer su fortuna y su vida al monstruo del vicio, que con sus muchos tentáculos, arrastra al hombre hacia el abismo de la ruina y de la muerte.

A handwritten signature in dark ink, reading "José Jimenez". The signature is written in a cursive style with a long, sweeping underline that extends to the right.

FIN

EPILOGO

A los pocos días, la casa de la calle de Alcalá que ocupó Sarta en
 vendida, así como sus muebles y objetos; la tela para la se instaló en un
 preciosos chales junto a los brazos del tejado que en su silencio les unió.

Desde aquel día viven felices oyendo el continuo toque de la campana
 de la Iglesia del cementerio, que les anuncia que son almas que hoy en día
 unido y un cuerpo que viene a hacerles compañía.

Sarta no vive ya a los muertos, rezó por ellos y bendice a todos jun-
 tos, pues ellos, en el haurido silencio, padieron más que todo lo terrenal,
 porque fueron los que decretaron su nueva vida; el bienestar de su alma
 pecadora.

Felix ha que en vida comprendió su mal, como feliz es el que sabe
 susper su fortuna y se vida al momento del vicio, que con sus muchos
 tentaciones, anista al hombre hacia el abismo de la ruina y de la muerte.

Por D. J. M. S.

FIN

Obras publicadas de JOSÉ LINUESA

La Muerte de un Valiente (Agotada.)
Sangre y Caireles

Obras en preparación del mismo autor

EL CASTILLO O HISTORIA DE UN CRIMEN.

FLOR DE LA SIERRA (Comedia en un acto.)

EL FANTASMA...

IMPRESIONES DE LA VIDA.

ROSAS DE AMOR (Poesías.)

EL BUFÓN DEL CABARET.

MIGNON LA VIRGEN DE BOHEMIA.

ASTUCIA Y AMOR (Entremés cómico.)

LA HISTORIA DE UN TORERO.

CUANDO LOS ÁNGELES LLORAN.

EL MISTERIO DE MONTE MOLIN.

CAMINO DE LA HERA,

SASTRERÍA TAURINA

CONFECCIÓN DE TRAJES
de lidia, capotes, muletas y demás utensilios
para toreros

Compite con ventaja con los mejores
de su clase en calidad
de géneros en confección y en precio

SERVICIOS COMPLETOS PARA BECERRADAS

Calle de la Unión, 9, 1.º, 2.ª

BARCELONA